

UNA ESCRITURA DISLOCADA DE LA HISTORIA RECIENTE DE CHILE. LAS CRÓNICAS DE PEDRO LEMEBEL.

MARIANO VELIZ¹

RESUMEN

El artículo se propone estudiar las crónicas publicadas por Pedro Lemebel desde comienzos de los años noventa, y recopiladas luego en una serie de libros (*La esquina es mi corazón, Loco afán, De perlas y cicatrices, Zanjón de la aguada, Serenata cafiola y Háblame de amores*), a partir de su voluntad de propiciar una reescritura de la historia reciente de Chile opuesta al relato historiográfico consensual diseñado desde los espacios de poder.

PALABRAS CLAVE:

Lemebel, literatura chilena, transición, historia reciente.

Las crónicas de Pedro Lemebel, escritas en el contexto del auge neoliberal chileno de los años noventa, proponen un acercamiento dislocado a la historia de Chile. En ellas se materializa el desencanto frente al proceso de la transición democrática y su régimen de complicidades y continuidades con la dictadura. En este sentido, las crónicas se encuadran en un arte que, como señala Nelly Richard, se dio “por tarea rescatar lo no integrado a las consignas de moderación política y de integración al mercado que aplaudía el pragmatismo democrático de la reconciliación” (Richard, 2007: 10). Si el gobierno del consenso

¹ Mariano Veliz es Licenciado en Artes y Magister en Análisis del Discurso. Se desempeña como docente en las carreras de Artes y Letras de la Facultad de Filosofía y Letras (U.B.A.). Investigador del Instituto de Estudios sobre América Latina de la FFyL (U.B.A.) se dedica al estudio del cine latinoamericano.

garantizaba la reproducción de las políticas modernizadoras del régimen militar, el arte y la literatura exploraron nuevas formas de inscribir una reflexión sobre los conflictos y las rupturas que desgarraban el tejido social chileno del retorno democrático. Así, las crónicas de Lemebel suponen una necesaria reformulación del nexo arte-política. Su abordaje de la historia reciente se autonomiza del repertorio ideológico cristalizado de la izquierda y mina tanto las totalizaciones ideológicas como las representaciones plenas que intentaron dar cuenta de la historia de Chile.

A su vez, su valor también se debe a su oposición contundente a las políticas desarrolladas por los medios de comunicación que impusieron la conciliación como única política posible y el olvido como la estrategia central en el camino a la reinstauración democrática. En el marco de este olvido decretado, Lemebel ofrece la posibilidad benjaminiana de pensar una nueva historicidad que resulte irreconciliable con la Historia con mayúsculas de los vencedores. Con ese objetivo, articula en sus crónicas una temporalidad no sellada, inconclusa y abierta. Arranca el pasado del tiempo de lo ya sido, irreversiblemente detenido y congelado en el recuerdo, y lo introduce en el presente de manera conflictiva. De esta manera, el pasado revive en sus apropiaciones y resuena en su vitalidad y en su potencia presente. Lemebel no formaliza un retorno al pasado, sino un ir y venir por las zonas oscuras de la memoria.

De allí deriva su necesidad de imaginar vinculaciones no monumentales con el pasado. Frente a la tendencia a anquilosar los eventos históricos y a construir relatos totalizadores, Lemebel elige la fragmentación y la inestabilidad de las aproximaciones parciales. No se centra en la conformación de un relato homogéneo y conclusivo, sino que presta atención tanto a las continuidades como a las rupturas. Sus crónicas eluden los dos riesgos de la memoria histórica en el contexto de la postdictadura. Por un lado, “la petrificación nostálgica del ayer en la repetición de lo mismo y, por otro, la coreografía publicitaria de lo nuevo que se agota en las variaciones fútiles de la serie-“mercado” (Richard, 2007: 140).

De esta manera, Lemebel elabora un relato sobre la historia reciente de Chile que se opone al relato consensual producido para pacificar la transición a través del silenciamiento de los quiebres de la memoria y la indiferencia ante las asperezas de la historia. En su gesto de desafío, Lemebel repudia los ordenamientos cronológicos y establece estrategias novedosas para narrar el pasado y sus vinculaciones con el presente. Algunas de sus crónicas pueden ilustrar sus concepciones sobre los modos posibles de evocar la historia chilena.

En 1995 Lemebel publicó *La esquina es mi corazón*, su primer libro de crónicas. Allí se encuentra “Censo y conquista (¿y esa peluca rosada bajo la cama?)”, escrita en el marco del censo de población llevado adelante en Chile en 1992. En el esplendor de la implementación del modelo neoliberal, Lemebel pone en relación este censo con uno realizado por la Iglesia Católica durante la Conquista. Así, comprende que desde aquella primera medición, el objetivo consiste siempre en fijar cuerpos, regular datos y poblaciones, clasificar y promover un ordenamiento que permita cuantificar a los sujetos en el marco de la intencionalidad del poder. Sin embargo, ya en aquel antecedente los “indígenas”, como los llama Lemebel, fueron capaces de desbaratar la planificación a través del ofrecimiento de respuestas inadecuadas. Los indígenas desarrollaron un arte sutil del camuflaje para evadir la red del poder. También en 1992 el poder intentó enumerar las prácticas ciudadanas. Los requerimientos de la instauración de las políticas neoliberales demandaban el establecimiento de un mapa preciso de la población chilena. Frente a ese nuevo ejercicio del poder, Lemebel recurre al pasado remoto para revivir su experiencia. Su crónica asume que es posible recuperar los discursos del pasado indígena latinoamericano, aprender sus estrategias para escamotearse a los mecanismos del control e hibridar el presente neoliberal con el período de la conquista.

La indagación histórica llevada adelante por Lemebel atribuye un rol destacado a la extensa dictadura pinochetista. El autor propone a *De perlas y cicatrices*, publicado en 1998, como un Nuremberg a los cómplices del horror. La escritura queda así configurada como una forma de justicia, el territorio donde se realiza un juicio severo al pasado. Pero Lemebel no

se limita a enjuiciar al ayer, sino que denuncia con la misma gravedad la pantalla democrática que decretó la amnesia de la reconciliación.

En la organización del libro sobresale una crónica: “Las orquídeas negras de Mariana Callejas”. Allí, Lemebel narra la historia de la anfitriona de uno de los círculos intelectuales más activos durante el pinochetismo. En la casa del exclusivo barrio de Lo Curro se leía a Proust y Faulkner, se sostenían complejas discusiones sobre la estética de las vanguardias y se ignoraba con determinación que la casa constituía un centro de detención y tortura. El marido de Mariana Callejas, un célebre miembro de la CNI (la Central Nacional de Informaciones), torturaba a los detenidos mientras su mujer recibía a artistas e intelectuales en el salón principal. Sin embargo, luego de hacerse pública la participación de la pareja en el asesinato de Orlando Letelier en Washington, las tertulias se fueron despoblando. Los invitados comenzaron a decir que desconocían las actividades que ocurrían a escasos metros de donde se reunían. Lemebel, en cambio, indica que “Todo Chile sabía y callaba” (Lemebel, 2010: 23). En la casa de Mariana Callejas se tramó una unión siniestra entre literatura y tortura. En la crónica, las bajadas intempestivas de la tensión durante las reuniones funcionan como los nexos visibles entre estas dos dimensiones y como los indicios de la complicidad silenciosa de una parte considerable de la intelectualidad chilena con la dictadura.

En este sentido, las crónicas de *De perlas y cicatrices* acentúan el interés de Lemebel por desnudar no sólo los procesos económicos y políticos propiciados por el régimen militar, sino también sus sostenes culturales, artísticos e intelectuales. Allí, explora la complicidad de los programas televisivos de humor, la trayectoria de actores, actrices y conductores, el funcionamiento general de los medios, la música popular o la elección de las reinas de belleza. En particular, dedica una atención detenida a la televisión y la música popular, dos fenómenos culturales que accedieron a servir como difusores ideológicos de la dictadura. De esta manera, Lemebel practica una lectura de la historia mediante un acercamiento a las manifestaciones más periféricas, y aún a las más degradadas, de la industria cultural.

Finalmente, en “La noche de los visones (o la última fiesta de la Unidad Popular)”, comprendida en *Loco afán*, elabora su crónica más relevante sobre la historia de Chile. Su complejidad se debe a la voluntad de hibridar tres dimensiones: la historia política de Chile, la historia de la comunidad homosexual y las microhistorias de los personajes, en quienes se encarnan las otras dos. La fiesta organizada para celebrar el fin del año 1972 en la casa de una travesti pobre de Santiago condensa la caída del proyecto de la Unión Popular y el arribo del golpe por llegar. La fiesta constituye el último momento de integración interclasista de los homosexuales de Santiago. La reunión se concibe como la esperanza de la conciliación, aunque el desenlace anticipa el fracaso del proyecto. En la valoración de estas futuras víctimas de la dictadura y el SIDA se vislumbra el interés de Lemebel por los personajes que ocupan el segundo plano de la historia. A su vez, en la conversión de lo invisible en visible, de la ausencia en presencia, se evidencia su política de la memoria.

La voluntad de Lemebel de no monumentalizar el pasado se manifiesta en el único resto que queda de la fiesta: una foto deslavada. La crónica señala que “La foto no es buena, está movida, pero la bruma del desenfoque aleja para siempre la estabilidad del recuerdo. La foto es borrosa, quizás porque el tul estropeado del sida entela la doble desaparición de casi todas las locas” (Lemebel, 2000: 19). De esta manera, la percepción desde el presente de la hegemonía neoliberal distorsiona la imagen fotográfica. Apenas pueden reconocerse los rostros retratados. A la muerte impresa por la dictadura se suma la muerte del SIDA, una nueva forma de invasión y colonización.

En ese abismo entre el pasado retratado y el presente de la escritura se establece una experiencia discrepante del tiempo. Como señala Leónidas Morales (2009), Lemebel escribe desde el tiempo de la hegemonía neoliberal, es decir, un tiempo cotidiano abandonado por la utopía. La foto de 1972 se opone a la contemporaneidad porque representa otro modo de experimentar, sentir y vivir el tiempo. Los años noventa constituyeron en América Latina un tiempo entregado a un deseo sin esperanza. Según sostiene Jean Baudrillard (1987) en su libro sobre América, se trata de un tiempo de la utopía realizada, un tiempo del discurso publicitario solidario con la hegemonía de la

mercancía. En ese tiempo, la utopía revolucionaria de la década del setenta sólo asiste como ausencia, como una imagen borrosa. Por eso, la foto irrumpe desde ese pasado perdido como un cuestionamiento radical del presente. Desde los rostros nublosos de las locas emerge una crítica del modelo implementado con el costo de su desaparición.

Si la foto de las locas marca las discontinuidades, las rupturas epocales y las grietas de la memoria, otra crónica indica el régimen de las continuidades. En “Gonzalo (El rubor maquillado de la memoria)”, comprendida en *Loco afán*, Lemebel retoma su predilección por los abordajes indirectos de la historia. Así, decide analizar los vínculos entre el pasado pinochetista y el presente de la transición a través de una figura periférica, Gonzalo, el maquillador y estilista de la familia Pinochet. Lemebel se pregunta cómo consiguió Gonzalo, en el marco de la amnesia decretada, sumarse a la pompa democrática. Su declarado aprecio por Aylwin y Frei lo congració con el nuevo modelo. Por eso, “su esponja estética es la misma que rejuvenece la doble cara de los discursos oficiales. La máscara mueca que transmite al país su mensaje positivista. El acartonado rostro sin rostro, que los dedos plásticos de Gonzalo decoran con similar receta” (Lemebel, 2000: 136). La figura de Gonzalo resulta relevante porque en este personaje de la segunda línea se encarna la certeza de que la democracia chilena se encargó de convertir las cicatrices en perlas, las marcas del trauma en festejos y los desgarros en celebraciones.

Finalmente, más allá de la notable variedad de recursos puestos en juego por Lemebel en su abordaje de la historia, debe considerarse que una estrategia fundacional de su escritura consiste en la articulación de un discurso homosexual y la construcción de un posicionamiento homosexual para enunciar sus crónicas. La enunciación adopta la figura del margen como el espacio a partir del cual se enfrenta y desafía al relato histórico consensual. De este modo, Lemebel opera una redistribución topológica que ubica como centro enunciativo los márgenes y las periferias. Al respecto, Mercedes Alonso indica que las crónicas no sólo revelan espacios marginales sino que toda la realidad nacional pasa por el tamiz de la mirada de los sujetos marginales.

A través de esta inclusión del posicionamiento homosexual, Lemebel desmonta el relato historiográfico consensual. En esta práctica de reescritura, una primera operación consiste en proponer al universo de las locas como un nuevo *locus* sobre el cual leer la historia de Chile. De esta manera, Lemebel restituye la potencia política de la homosexualidad latinoamericana. Sus crónicas se empeñan en exhibir lo oculto, en desarrollar una política de lo visible que instale en el espacio y el discurso públicos los relatos silenciados de la homosexualidad chilena. Su práctica sumatoria descubre una voz y una figura, un lugar de enunciación y un espacio de percepción y actuación en la historia.

La segunda operación consiste en promover una historia de Chile que problematice determinadas categorías, nucleares en la definición identitaria (individual o colectiva), como el género y la clase. Lemebel se define a sí mismo, y al posicionamiento enunciativo adoptado, como maricón, pobre, sudaca y aindiado. Adiciona, a la voz de la loca, la voz de los habitantes de los barrios bajos de Santiago. Las diferencias de clase y de género son así hibridadas.

Este descentramiento de las categorías de identidad sexual, social, étnica y nacional puede percibirse en el texto leído a modo de intervención en un acto político de la izquierda chilena realizado en Santiago en septiembre de 1986. Este texto, “Manifiesto (Hablo por mi diferencia)”, concreta la posibilidad de pensar el pasado y el presente de Chile desde esta ubicación de homosexual pobre. Allí, Lemebel plantea, antes de la recuperación democrática, sus sospechas acerca de la orientación que ésta tomaría. Evade subirse al tren de los festejos e interpela a la democracia desde su posicionamiento de género. En su intervención, pregunta a los líderes de la izquierda chilena, presentes en el acto, “¿Qué harán con nosotros compañero?” (Lemebel, 2000: 94). Retoma la historia de los homosexuales asesinados por el General Ibáñez en Valparaíso para atestiguar la extensa historia de persecuciones y violencia padecida por la comunidad homosexual. En un notable gesto de provocación, señala que en Nueva York los homosexuales pueden besarse en la calle, en tanto el marxismo tradicional evitó en Chile la participación de militantes homosexuales en el contexto de la resistencia a la dictadura. En este marco, la recuperación

de una historia de la comunidad homosexual implica una denuncia de los relatos históricos que forcluyeron estas otras perspectivas de la historia.

En esta ubicación marginal emerge un discurso sobre la historia capaz de cuestionar las representaciones del pasado y del presente. La revisión de la historia desde una perspectiva homosexual y pobre promueve la irrupción de una “militancia corpórea que enfatiza desde el borde de la voz un discurso propio y fragmentado, cuyo nivel más desprotegido por su falta de retórica y orfandad política sea el travestismo homosexual que se acumula lumpen en los pliegues más oscuras de las capitales latinoamericanas” (Lemebel, 2000: 127).

En el paisaje desolado del neoliberalismo, las crónicas de Lemebel se proponen rescatar las memorias fracturadas del Chile contemporáneo. Su literatura radical se opone a los relatos clausurados de la historia reciente. La desarticulación del relato consensual y la impugnación del triunfalismo de la transición dependen del desarrollo de nuevas formas de aprehender la historia. En gran medida, el desafío de los relatos históricos hegemónicos se lanza a través de la inclusión de un punto de vista periférico. Este posicionamiento recupera las figuras marginales y hace visibles otros cuerpos y audibles otras voces. Restituye los cuerpos a través de las palabras y encarna las memorias de las víctimas en las crónicas fragmentadas de sus vidas y sus muertes.

BIBLIOGRAFIA

Alonso, Mercedes. “Vino nuevo en odres viejos: el policial y la crónica en lengua latina”, en Croce (comp.) *Latinoamericanismo III: canon, crítica y géneros discursivos*, Corregidor, Buenos Aires, en prensa.

Baudrillard, Jean. *América*, Anagrama, Barcelona, 1987.

Lemebel, Pedro. *La esquina es mi corazón*, Cuarto propio, Santiago, 1995.

- *Loco afán: crónicas del sidario*, Anagrama, Barcelona, 2000 (1996).

- *De perlas y cicatrices*, Seix Barral, Santiago, 2010 (1998).
- *Zanjón de la aguada*, Seix Barral, Santiago, 2003.
- *Serenata cafiola*, Seix Barral, Santiago, 2008.
- *Háblame de amores*, Seix Barral, Santiago, 2012.

Morales, Leónidas. “Pedro Lemebel: género y sociedad”, *Aisthesis*, Santiago, Vol. 1 N° 46, 2009.

Richard, Nelly. *Fracturas de la memoria*, Siglo veintiuno, Buenos Aires, 2007.